

DOS MUERTOS ILUSTRES: REYES Y CAMUS

Las prendas de las personas, cuando están respaldadas por el bien espiritual, constituyen, indudablemente, un enorme patrimonio. Pero si a esto se agrega una carga intelectual de alto quilataje, y una experiencia de mundo y de vida, una experiencia provechosa por lo perenne y sedimentaria, la riqueza humana se convierte en incomparable tesoro.

Alfonso Reyes, que acaba de morir, representó algo como eso: una suma incalculable de excelencias y apoderamientos de esas excelencias, a base de un talento inmenso, de un espíritu de extrañas refulgencias, de una moral como un diamante, de un trabajo asiduo. Reyes fue candidato al Premio Nobel menos por sus obras literarias, de enorme magnitud, que por reunir todos esos atributos en un solo hecho humano.

Estamos registrando la fuga de grandes valores del pensamiento, del arte, del trabajo intelectual. Seguidamente del fallecimiento de Gabriela Mistral, se operó el de Juan Ramón Jiménez: hace poco murió Manuel Altolaguirre, a continuación de la muerte del ilustre don Joaquín García Monge; hace pocos días, el joven poeta uruguayo Juvenal Ortiz Saralegui murió repentinamente: hoy, marcamos la columna miliaria de la historia con el nombre de uno de los más grandes valores de la intelectualidad americana, el mexicano Alfonso Reyes.

Como crítico, Alfonso Reyes escribió una obra de envergadura: "Cuestiones Estéticas"; pero es acaso en su "Visión de Anáhuac" donde culmina la obra más lograda de Reyes, aun por sobre sus condiciones de novelador y relatista de

buena categoría. Y más que todo esto: Reyes, humanista moderno, dio ejemplo de servir a los contenidos categóricos de este término. No vamos a encontrarle a Alfonso Reyes junto a sus anaqueles de libros, en sus últimos años, manteniendo, como García Monge, correspondencia con todos los hombres de pensamiento; no hemos de verle tan sólo en sus funciones diplomáticas: no en sus calidades de crítico de Góngora, donde dejó ensayos de permanente valor de consulta: hemos de buscarle a Reyes en su propio pensamiento en las polifacetadas actividades que le fueron características.

Cuando mencionamos a Reyes humanista, antes que Reyes literato o ensayista, diplomático o esteta, reunidos todos estos atributos, y los sobrepasamos: porque Reyes colaboró en la búsqueda del hombre moderno, en la preparación de orden humano, conforme a Gaetán Picón, para alcanzar una nueva definición y una nueva ubicación del hombre, por sobre todos los viejos moldes, por sobre todas las trayectorias anticuadas, y por sobre todas las destruidas disciplinas tradicionales. Reyes humanista, supo indagar el destino y proclamarse campeón de las finalidades éticas y estéticas del hombre. Habiendo luchado por él, por su liberación, por la realización del hombre futuro, por ensayar las alas por encima de todos los escombros dejados por dos guerras mundiales. En horas de vaivén y trepidación de los principios, en horas en que el esquema vital parece fundamentarse sobre la angustia del "llegar a ser" y el dolor del "no haber sido", en horas en que la crisis de fuga o de apreciación —nuevo tipo de derecho de propiedad— de los predios siderales envuelve al hombre en su anhelo de reencuentro, Reyes fue un notable conductor, un hábil expositor, un magnífico proclamador de su existencia, atándola a las existencias que se debaten en sí mismas, cuando las filosofías escépticas —llamémoslas así— se empeñan en demostrarnos la vaciedad de aquéllas.

Al humanismo contemporáneo se ha dado en hallarle magnitud y dimensionarle en razón del "hundimiento de los valores tradicionales y de la crisis de la civilización". Si hemos de establecer que se está elaborando un nuevo tipo de conducta social e individual para encarar el problema de vivir y de salvar a la civilización que, ciertamente, parece hundirse en los cosos deportivos y en la "espectadoritis" de que habla Adlai Stevenson, es indudable que todos los que quie-

ren salvar el orden ganado, para dar una nueva orientación a la vida humana, son los neo-humanistas, los preconizadores de una temática antropocéntrica, de inigualable valor.

Alfonso Reyes, desde su residencia de la Avenida Industria, 122, mejor que desde Madrid, París, o cualquier otra capital europea, supo entregarse a esa tarea primordial. Por eso se le creyó acreedor al Premio Nóbel. Porque la tarea de Reyes no fue la del moralista de botica, ni del esteta de esquina: supo de su oficio de salvar al hombre, lo abordó, y acaba de marcharse joven todavía, recientemente superada la sesentena, al hallarnos en el umbral de una nueva era que él quiso ayudar a modelarla desde el ámbito de la democracia bien entendida, desde el sitio heroico que él ocupó en el comando de la cultura. Nuestro gran amigo Ricardo Trigueros de León lo halló así, alguna vez, móvil y trashumante, dirigiendo sus pasos en la conquista de sus propias potencias para ponerlas a servicio del hombre. Una sonrisa cordial "subida a los ojos", dice Trigueros, repitiendo una frase posiblemente jimeneana, que caracterizaba a Reyes, en cierto encuentro suyo en un tranvía matritense por la Castellana México, su México, la "región más transparente del aire", por cita al mismo Trigueros, lo volvió a incrustar entre sus anaqueles de libros, desde donde alguna vez solía darnos sus "calurosas enhorabuenas": **AREHIS**, singularmente por esta época coincidencial, cuando Reyes nos dio su último apretón de manos espiritual, por un poemita nuestro: "Ritmo Presente de la Navidad", que lo enfervorizó mucho. Una carta suya muy antigua, nos decía, por 1934, algo sobre las "alas y sus murmullos frufutantes que sólo ustedes, los poetas, saben escuchar cruzando el mar interior". Luis Alberto Sánchez, a la muerte de otro insigne americano y humanista, Joaquín García Monge, acaecida hace poco, remataba una pieza literaria muy suya con la frase que se dijo a la muerte de José Martí: "Al partir, llevaba limpias las alas". Un último ejemplar de **REPERTORIO AMERICANO**, ejemplar "post-mortem", nos trajo esos recuerdos de una ilustre amistad de más de 30 años. Ahora, tomamos esa propia joya literaria repetida por Sánchez, y la incrustamos en el féretro del más ilustre de los sudamericanos de hoy.



En nuestro comentario dolido sobre la muerte del humanista mexicano Alfonso Reyes, decíamos que una fuga de valores humanos se está operando, por no sabemos qué extraño sino que arrastra hacia el caos a esas cifras de la cultura. Han pasado pocas horas: y ahora el cable nos informa que el ilustre escritor francés Albert Camus, nacido en Mondovi, aldea de la provincia de Contantina, Africa del Norte, acaba de dejarnos para siempre, a consecuencias de un accidente de automóvil. Todos los grandes del pensamiento y del arte contemporáneos hanse manifestado consternados por el fallecimiento del autor de "La Peste", "El Extranjero", y otras obras primordiales, que le valieron el Premio Nobel 1957, que se le otorgara, menos como galardón a la obra realizada, que como estímulo por la gran tarea intelectual que parecía quedarle por delante para prestigio de su Francia y de la especie humana.

De igual modo que en la primera post-guerra mundial se registraron nombres de primer término sobre el pavés de una fama un poco enfermiza, particularmente en la novela italiana, en la segunda post-guerra apareció un nuevo tipo de inquietud, quizá con el mismo registro morboso, la inquietud filosófica, que llevó a los hombres franceses primordialmente a exhibir sus orientaciones; de esa manera el sartrismo, con sus pigmentos demasiado acusados en Kierkegaard: y sus glosas sobre Seidegger y Hartmann, hizo su aparición en el **café de Flora**, para crear libros en el mundo, que habría de sentirse atosigado con los excesos de la sutileza filosófica. El existencialismo o la filosofía de la angustia, fue seguido de cerca por la "filosofía del absurdo", que tiene el marchamo otorgado a esa inquietud y a esa "desolación", por este argelino ilustre que acaba de desaparecer. La "Filosofía del Absurdo" es obra suya.

Siempre fue la actitud conflictiva, la que informó las elaboraciones de pensamiento de la segunda post-guerra. Es natural: lo trágico de una época de grandes sacudimientos debía reflejarse en esos estados. Una buena porción de escritores franceses tenían ya marcada su huella pigmentaria con esa angustia: Drieu de la Rochelle, Montherlant, Ernest Jünger, Charles Péguy, André Malraux, Saint-Exúpery y este Albert Camus son citados por los críticos del humanismo moderno como esos trágicos y conflictivos autores. Este neo-humanismo conflictivo, se apodera de ciertos enunciados para

crear un signo: han de ser siempre el combate, el riesgo, la heroicidad, la rebelión como "valores de acción" los que impregnen las obras de cada cual. Y es a este humanismo nuevo al que se lo bautizará con el rótulo de humanismo agónico, acaso por ese anhelar, por esa vehemente asfixia que es la peculiaridad de la cultura moderna, motejada hartamente de decadencia mortal.

Hay frases preciosas para rebelar cada estado de alma de cada autor: por ahí se comprende fácilmente que estamos frente a los conflictos filosóficos y a una anhelosa definición del hombre del futuro. Escúchese ésta, por ejemplo: "No teniendo el mundo ningún sentido, resulta perfecto el darle uno". Corresponde a Henry de Montherlant, que añade: "Para conseguir un universo feliz, hace falta toda clase de tipos de hombres". Este "humanismo trágico" se refleja con André Malraux en este esquema: "Queremos encontrar al hombre en todas partes donde encontramos lo que le aplasta". De otro lado, Antoine de Saint-Exupéry grita: "¡Respeto al hombre! Cuando el nazi respeta exclusivamente lo que le parece, sólo se respeta a sí mismo. Si el respeto al hombre está fundado en el corazón de los hombres, los hombres acabarán por fundar en cambio el sistema social, político, económico que consagrará ese respeto". Y por fin Camus, con su "filosofía del absurdo" y su técnica de la rebelión, que se expresa en estas tremendas palabras: "La rebelión demuestra que es el movimiento mismo de la vida, y que renunciar a ella es renunciar a vivir. Su grito más puro, cada vez que suena, levanta un nuevo ser. O es amor y fecundidad, o no es nada. La revolución sin honor, la revolución del cálculo, que, prefiriendo un hombre abstracto al hombre de carne, niega al ser tantas veces como hace falta, sustituye al amor con el resentimiento. Tan pronto como la rebelión, olvidadiza de sus generosos orígenes, se deja contaminar por el resentimiento, niega la vida, corre hacia la destrucción y hace levantarse esa cohorte burlona de pequeños rebeldes, semilla de esclavos, que terminan ofreciéndose hoy en todos los mercados de Europa a la servidumbre que sea".

Al Alberto Camus que acaba de morir se lo definió como el hombre mediterráneo, hombre fiel a su clima. Se establece que lo esencial de Camus no reside en su "filosofía" del absurdo sino en su telurismo, llevado a sus obras. Pero no se ha de confundir la primera época de Camus, época de cre-

cimiento y elaboración, con la última, época de sedimentación y cosecha. Los maestros del autor del "Mito de Sísifo", fueron indudablemente Malraux y Gide: así lo establece Charles Moeller. Y acaso ese instinto de la medida que se le descubre se da precisamente en su sentido profundo de respeto a la vida, a la que se entra por la constante rebelión, como con Arnold Toynbee hay que entrar a la historia por la constante incitación. La resplandeciente luminosidad de Camus en sus primeros tiempos se desliza de su actitud frente a la vida, cuando dice que nunca quiso comenzarla por el desgarramiento; y que a la literatura se llegó por la admiración, antes que por la imprecación o el denigramiento. Su sensibilidad frente al arte, le hizo establecer: "Yo tengo del arte la idea más elevada. Lo pongo demasiado alto para consentir en someterlo a nada". Y en verdad, su sentido rebelde se proclama en esto. Un arte dirigido, un arte autárquico, un arte determinista, deja de ser arte porque no está moviéndose con libertad, y la creación —primer momento del arte— es libertad primaria, la Primera Libertad indudablemente.

Camus se movilizó en la búsqueda de la dicha, y en apoderamiento del gozo: "Cuando me sucede buscar lo que hay en mí de fundamental, es el gusto por la dicha lo que encuentro". Y agrega: "Me gustan profundamente los seres. No siento por la especie humana ningún desprecio". Camus, hombre de desposorio, hombre de alta nupcialidad, tiene mucho que ver en estos intentos de simbiosis última, con San Juan de la Cruz; cuando en sus "Noces" anda a buscar esa conjugación, esa articulación máxima y postrera, como las del Alma y el Esposo: "Con el rostro mojado de sudor, pero con el cuerpo fresco dentro de la tela ligera que nos viste, ostentamos todo el dichoso cansancio de un día de nupcias con el mundo". ¿Quién no buscó las nupcias con la Gea, con la Maya india, para obtenerse a sí mismo, siendo tierra, locos de tierra, oliéndonos a tierra, saboreando a tierra y a mar, como en el primer día de la creación? Walt Whitman buscaba "oír crecer las yerbas". Nuestro César Dávila Torres, busca en su juventud esa sensibilidad terrígena, como César Dávila Andrade, como Jorge Enrique Adoum, en la posesión de la gran poesía liberada de que se apoderó la generación actual de poetas ecuatorianos. Camus, citado por Moeller, dice en esas propias "Nupcias": "Ahora mismo, tan pronto como me tienda entre los absintos para hacer que su perfume

penetre en mi cuerpo, tendré conciencia, contra todos los prejuicios, de cumplir una verdad que es la del sol y será también la de mi muerte".

En la obra **Calígula** se establece que Camus maneja el tema de la muerte con anhelo exhaustivo. Pero es en el "Mito de Sísifo" donde Camus se revela fronterizo a Sartre en su angustia. El peñasco que Sísifo lleva a la cumbre y vuelve a rodar, y el recomienzo de la ascensión con la mole auestas para volver a rodar, es la base de su definición de la vida; pero es también el planteamiento de su filosofía que estuvo siempre impregnada de un anhelo de goce; es imperativo imaginarse un Sísifo dichoso, ya que estamos embarcados en esta cárcel fatal. "Cuando yo analizaba el sentimiento de lo absurdo estaba buscando un médico y una doctrina" postula. "Practicaba la duda metódica —enfatisa— y trataba de hacer esa "tabla raza" a partir de la cual se puede comenzar a construir".

Comenzar a construir: "Con qué materiales? ;Si todo está ya construido de cierta manera! Construir algo fuera de lo construido, es decir, redescubrir el Conocimiento, lo "real", esto es otra cosa. Una "realidad" diferente a la que hay que situarse con una actitud agnóstica, o radical escéptica. Un nihilismo de la Conciencia. Entonces, esto es distinto. Camus, empero, no quiere esto y declara: "El mundo no es ni tan racional, ni tan irracional. Es **desrazonable**; sólo eso. Para un **espíritu absurdo**, la razón es vana y no hay nada más allá de la razón".

Sísifo dichoso: ¿No es la mayor prueba de un absurdo concebido por Camus? Merghault, personaje camusiano, es ese Sísifo dichoso por una sola causa: por su rehusamiento de Dios, por su logro de una vida anticonflictiva en el cuerpo y en el espíritu. Tremendo sofisma, porque Sísifo vuelve a recomenzar. Vuelve a **reencarnar**. Y vuelve a interrogar. Si el hombre es una constante interrogación frente a sí mismo y al Otro, (Sartre), no vemos cómo puede hallarse un Sísifo dichoso, como no sea en la "filosofía del absurdo", que hizo diferentes, en apariencia, a Sartre y al autor de "La Peste". La obsesión de la muerte ya no se repetirá más para el ilustre francés, al querer tenderse entre los absintos y meditar. Un neumático reventado en la carretera de Chapelle-Champigny le evita este sufrimiento, aunque nadie pueda decir si Sísifo ha vuelto a comenzar. . . .